

Esta es una pequeña muestra
del libro *Camino a la oración ferviente*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2026 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

C a m i n o

===== a la =====

oración ferviente



LIBROS DESAFÍO

A R T H U R W.
P I N K

C a m i n o
===== a la =====
oración ferviente

DONALD R. WHITE, ED



LIBROS DESAFÍO

Copyright © 1981 por Baker Book House Co.

Camino a la oración ferviente

Título original en inglés: *A Guide to Fervent Prayer*

Autor: Arthur W. Pink

Publicado por Baker Book House Co.

Grand Rapids, Michigan 49516, USA

Título: *Camino a la oración ferviente*

Traductor: Norberto E. Wolf

Diseño de cubierta: Willem J. Mineur

Primera edición: 1981

Reimpresiones: 1998, 2010, 2016

Para las citas de Salmos, Proverbios y el Nuevo Testamento se usó la Nueva Versión Internacional (1995). El resto de las citas se toma de la versión Reina Valera (1960).

Sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, queda totalmente prohibida, bajo las sanciones contempladas por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

PROHIBIDA
LA REPRODUCCIÓN
O FOTOCOPIA

Publicado por

LIBROS DESAFÍO
1700 28th Street SE
Grand Rapids, MI 49508
EE.UU.
info@librosdesafio.org
www.librosdesafio.org

602179
ISBN 978-1-55883-256-5

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

Contenido

Prológo de la Editorial	5
Introducción	7
1 Hebreos 13:20,21 <i>Parte 1</i>	17
2 Hebreos 13:20,21 <i>Parte 2</i>	27
3 Hebreos 13:20,21 <i>Parte 3</i>	37
4 1 Pedro 1:3-5 <i>Parte 1</i>	47
5 1 Pedro 1:3-5 <i>Parte 2</i>	57
6 1 Pedro 1:3-5 <i>Parte 3</i>	67
7 1 Pedro 5:10,11 <i>Parte 1</i>	79
8 1 Pedro 5:10,11 <i>Parte 2</i>	89
9 1 Pedro 5:10,11 <i>Parte 3</i>	99
10 2 Pedro 1:2,3	109
11 Judas 24,25 <i>Parte 1</i>	117
12 Judas 24,25 <i>Parte 2</i>	125
13 Apocalipsis 1:5,6 <i>Parte 1</i>	135
14 Apocalipsis 1:5,6 <i>Parte 2</i>	145
Índice de citas bíblicas	155
Índice general	163

Prólogo de la Editorial

En enero de 1944, Arthur W. Pink comenzó a publicar una serie de exposiciones en su periódico mensual: *Estudios en las Escrituras*. La serie llevaba como título “Las oraciones de los apóstoles”. La serie duró seis años, y concluyó en diciembre de 1949. Gracias a los buenos oficios del Sr. I. C. Herendeen, en 1967 Moody Press publicó la mayor parte de los estudios, los cuales trataban de las oraciones de Pablo. Esa parte se publicó bajo el título *Gleanings from Paul: Studies in the Prayers of the Apostle*. De esa manera, la providencia de Dios determinó que el resto de la serie fuese publicado en otro momento y lugar bajo el título *Effectual, Fervent Prayer: Studies in Apostolic Prayer and Praise*.

La presente versión española se basa en la nueva edición que Donald R. White preparó de la segunda parte de la serie (*Effectual, Fervent Prayer*). Esta nueva edición fue publicada por Baker Book House bajo el título: *A Guide to Fervent Prayer*. Aunque White editó la introducción que Pink escribió para toda la serie, *no* trató de ocultar que los capítulos del presente volumen son parte de una serie más extensa, dedicada mayormente a las oraciones de Pablo.

Introducción

Mucho es lo que se ha escrito sobre lo que normalmente se ha llamado el “Padrenuestro” (y que yo prefiero llamar la “Oración familiar”), y también es mucho lo que se ha escrito sobre la oración sacerdotal de Cristo en Juan 17. En cambio, es poco lo que se dice sobre las oraciones de los apóstoles. Personalmente, no conozco ningún libro dedicado a las oraciones apostólicas y, con la excepción de un cuadernillo que trata las dos oraciones de Efesios 1 y 3, casi no se puede encontrar literatura que las explique por separado. Esta omisión no es fácil de explicar. Uno pensaría que las oraciones apostólicas están tan llenas de doctrinas importantes y de valores prácticos para los creyentes, que deberían haber atraído la atención de quienes escriben sobre temas devocionales. En tanto que muchos de nosotros rechazamos los esfuerzos de quienes nos quieren hacer creer que las oraciones del Antiguo Testamento son obsoletas e inadecuadas para los santos de la era evangélica, me parece que hasta los maestros dispensacionalistas reconocerán cuán aptas para los creyentes son las oraciones registradas en las epístolas y en el Apocalipsis. Con excepción de las oraciones de nuestro Redentor, sólo las oraciones apostólicas contienen alabanzas y peticiones específicamente dirigidas al “Padre.” De todas las oraciones que se encuentran en las Escrituras, sólo estas son ofrecidas en el nombre del Mediador. Más aún, solamente en estas oraciones apostólicas hallamos todo el sentir del Espíritu de adopción.

Qué bendición es escuchar que algún cristiano entrado en años, que hace mucho que camina con Dios y disfruta de su íntima comunión, derrama su corazón delante del Señor en adoración y súplica. Pero, ¡cuánto más bendecidos nos estimaríamos, si hubiésemos tenido el privilegio de escuchar las alabanzas y peticiones dirigidas a Dios por aquellos que anduvieron con Cristo durante los días de su ministerio entre los hombres! Y si alguno de los apóstoles todavía estuviese sobre la tierra, ¡qué gran privilegio sería escucharlo ocupado en la oración! Sería un privilegio tan grande, que estaríamos dispuestos a todo tipo de inconvenientes y a viajar largas distancias para ser favorecidos de esa manera.

Y si nuestro deseo fuese concedido, cuán atentamente escucharíamos sus palabras y cuán diligentemente las atesoraríamos en nuestra memoria. Pues bien, no es necesario que pasemos ningún inconveniente, ni que hagamos un largo viaje. A fin de instruirnos y satisfacernos, al Espíritu le pareció bien dejar constancia de algunas de las oraciones apostólicas. ¿Apreciamos un don tan grande? ¿Alguna vez hemos hecho una lista de ellas y meditado en su significado?

EL LIBRO DE HECHOS NO CONTIENE ORACIONES APOSTÓLICAS

Al llevar a cabo el trabajo preliminar de analizar y tabular las oraciones apostólicas que han llegado hasta nosotros, dos cosas me llamaron mucho la atención. La primera me tomó totalmente por sorpresa, en tanto que la segunda fue algo ya esperado. Lo que puede impactarnos como algo extraño –a algunos lectores los dejará casi perplejos– es lo siguiente: El libro de Hechos, que nos provee la mayor parte de la información que tenemos acerca de los apóstoles, no contiene en sus veintiocho capítulos una sola oración apostólica. No obstante, si pensamos un poco, veremos que esta omisión está en total armonía con el carácter especial de este libro; porque el libro de Hechos es mucho más histórico que devocional, y es más una crónica de lo que el Espíritu obró por medio de los apóstoles que de la obra que hizo en ellos. El libro destaca los hechos públicos de los embajadores de Cristo, y no tanto sus ejercicios privados. Por cierto que se presenta a los apóstoles como hombres de oración, tal como sus propias palabras lo demuestran: “Así nosotros nos dedicaremos de lleno a la oración y al ministerio de la palabra” (Hch. 6:4). Una y otra vez los vemos dedicados a este santo ejercicio (Hch. 9:40; 10:9; 20:36; 21:5; 28:8); sin embargo, no se nos dice cuál fue su oración. Lo que más se parece a un registro de palabras claramente atribuibles a los apóstoles es lo que Lucas nos ofrece en Hechos 8:14, 15, pero aun allí sólo nos da la esencia de lo que Pedro y Juan oraron. Considero que la oración de Hechos 1:24 pertenece a los 120 discípulos. Hechos 4:24-30 recoge una preciosa y eficaz oración que no pertenece sólo a Pedro y a Juan, sino a toda la compañía (v. 23) que se había reunido para escuchar el informe de ellos.

PABLO: UN EJEMPLO EN ORACIÓN

El segundo rasgo que me impresionó mientras consideraba el presente tema, es que la gran mayoría de las oraciones apostólicas que han llegado hasta nosotros provienen del corazón de *Pablo*. Como ya lo hemos dicho, esto era de esperarse. Si alguien preguntara por qué, podríamos dar varias respuestas. Primero, Pablo fue ante todo el apóstol a los gentiles. Santiago y Juan ministraron principalmente a los creyentes judíos (Gá. 2:9), quienes aun en sus

días de inconversos estaban acostumbrados a doblar las rodillas delante del Señor. Pero los gentiles habían salido del paganismo, y lo más lógico era que su padre espiritual fuese también su padre devocional. Además, Pablo escribió dos veces más epístolas inspiradas por Dios que todos los otros apóstoles juntos, y en sus epístolas escribió ocho veces más oraciones que todos los demás en las suyas. Pero recordamos principalmente lo primero que el Señor dijo de Pablo después de su conversión: “Está orando” (Hch. 9:11). Era como si el Señor estuviera dando la nota clave de lo que sería la vida de Pablo, puesto que se distinguiría primordialmente como un hombre de oración.

Esto no quiere decir que el resto de los apóstoles no tuviesen este espíritu. Dios no utiliza a ministros que no oran, pues sus hijos no son mudos. Cristo afirma que la marca distintiva de los elegidos de Dios es que “claman a él de día y de noche” (Lc. 18:7). Con todo, Dios permite que algunos de sus siervos y de sus santos disfruten de un compañerismo más estrecho y constante con el Señor, y (a excepción de Juan) así le ocurrió obviamente al hombre que en una ocasión fue arrebatado incluso al paraíso (2 Co. 12:1-5). A Pablo se le otorgó una medida extraordinaria de “espíritu de gracia y de oración” (Zac. 12:10), de modo que parece haber sido ungido con mayor espíritu de oración que sus compañeros apóstoles. Era tan grande su amor por Cristo y por los miembros de su cuerpo místico, y tal su solicitud por el bienestar y crecimiento espiritual de la iglesia, que de su alma brotaba continuamente un torrente de oración a Dios en favor de la iglesia y en gratitud por ella.

EL AMPLIO ESPECTRO DE LA ORACIÓN

Antes de continuar, conviene señalar que en esta serie de estudios no voy a limitarme a las oraciones de los apóstoles que expresan *peticiones*, sino que abarcaré un espectro más amplio. Debemos recordar que, en la Escritura, la *oración* incluye mucho más que el darle a conocer a Dios nuestras peticiones. Además, en una época caracterizada por la superficialidad y la ignorancia de la religión revelada por Dios, los creyentes tenemos necesidad de que se nos instruya en todos los aspectos de la oración. Un texto clave, que nos presenta el privilegio de exponer nuestras necesidades delante del Señor, subraya precisamente este aspecto: “No se inquieten por nada; más bien, en toda ocasión, con oración y ruego, presenten sus peticiones a Dios y *denle gracias*” (Fil. 4:6, la cursiva es mía). Si no expresamos nuestra gratitud por las misericordias ya recibidas, ni damos gracias a nuestro Padre por concedernos el continuo favor de poder presentarle nuestras peticiones, ¿cómo podremos esperar que nos atienda, para así recibir respuestas de paz? No obstante, la oración, en su sentido más sublime y pleno, trasciende la gratitud por los dones recibidos. El corazón se eleva al contemplar al Dador mismo, de modo que el alma se postra ante él en culto y adoración.

Aunque no deberíamos apartarnos de la materia que estamos tratando para entrar en el tema de la oración, es preciso señalar que todavía existe otro aspecto que debe preceder a la gratitud y las peticiones. Me refiero al auto-aborrecimiento y a la confesión de nuestra propia indignidad y pecaminosidad. El ser humano debe recordar solemnemente que a *quién* se acerca en oración, es nada menos que el Altísimo. Ante él, los mismos serafines se cubren el rostro (Is. 6:2). Aunque la gracia divina ha hecho del cristiano un *hijo*, todavía sigue siendo una *criatura*, y como tal está a una distancia infinita e inconcebible del Creador. Es del todo apropiado que uno sienta profundamente esta distancia entre la criatura y el Creador, y que la reconozca tomando ante Dios su lugar en el polvo. Debemos recordar también que, por naturaleza, no somos sólo criaturas sino criaturas *pecadoras*. De manera que, al inclinarnos delante del Santo, tiene que haber algo que sintamos nuestro. Sólo así podremos, con algún sentido y realismo, invocar la mediación y los méritos de Cristo como fundamento de nuestro acercamiento.

Es por esto por lo que, hablando en términos generales, la oración incluye confesión de pecado, peticiones para que nuestras necesidades sean suplidas, y el homenaje de nuestros corazones al Dador mismo. En otras palabras, podemos decir que los principales elementos de la oración son la humillación, la súplica y la adoración. Por tanto, a lo largo de esta serie no sólo esperamos abarcar pasajes como Efesios 1:16-19 y 3:14-21, sino también versículos individuales, tales como 2 Corintios 1:3 y Efesios 1:3. La expresión “bendito sea Dios” es en sí una forma de oración. Esto resulta evidente a partir del Salmo 100:4: “Entrad por sus puertas con acción de gracias, por sus atrios con alabanza; alabadle, bendecid su nombre” (RV60). Se podrían dar otras referencias, pero con ésta es suficiente. El incienso ofrecido en el tabernáculo y templo consistía de un compuesto de diversas especias (Ex. 30:34,35); la mezcla de una con otra hacía que el perfume fuese muy fragante y refrescante. El incienso era un tipo de la intercesión que efectuaría nuestro gran Sumo Sacerdote (Ap. 8:3,4) y de las oraciones de los santos (Mal. 1:11). De la misma manera, en nuestro acercamiento al trono de la gracia debe haber una mezcla proporcional de humillación, súplica y adoración; no una cosa con la exclusión de otras, sino una mezcla de todas ellas.

LA ORACIÓN: TAREA PRIMORDIAL DE LOS MINISTROS

El hecho de que las epístolas del Nuevo Testamento den fe de tantas oraciones, nos llama la atención sobre un aspecto importante de la tarea ministerial. El predicador no ha terminado con sus obligaciones cuando deja el púlpito, ya que es preciso que riegue la semilla que ha sembrado. Por el bien de los predicadores jóvenes, permítaseme extenderme un poco sobre este asunto. Ya hemos visto que los apóstoles se dedicaron “de lleno a la oración y al

ministerio de la palabra” (Hch. 6:4), dejando un ejemplo excelente para todos aquellos que les siguen en esta sagrada vocación. No sólo hay que poner atención al orden de prioridades que establecen los apóstoles, sino que hay que obedecerlo y practicarlo. No importa con cuánto cuidado y laboriosidad preparemos nuestros sermones, estos llegarán a los oyentes sin la unción del Espíritu si no han nacido de un alma que se ha afanado delante de Dios. A menos que el sermón sea el producto de intensa oración, no esperemos que despierte el espíritu de oración en aquellos que lo escuchan. Como ya se ha señalado, Pablo entretecía oraciones entre las instrucciones que escribía en sus cartas. Es nuestro privilegio y nuestro deber retirarnos a un lugar apartado después de dejar el púlpito, para rogar a Dios que escriba su palabra sobre el corazón de quienes nos escucharon, para evitar que el enemigo arrebatase la semilla y para bendecir nuestro esfuerzo de tal manera, que esas palabras lleven fruto para su eterna alabanza.

Lutero solía decir: “Hay tres cosas que hacen eficaz a un predicador: súplicas, meditación y tribulación.” No sé cómo explicó esto el gran reformador, pero supongo que quería decir algo así: que la oración es necesaria para situar al predicador dentro del marco adecuado, para manejar las cosas divinas y para investirlo de poder divino; que la meditación en la palabra es esencial para suplirle material para su mensaje, y que se requiere de la tribulación como contrapeso de su nave, porque el ministro del evangelio necesita pruebas que lo mantengan humilde, así como el apóstol Pablo recibió un aguijón en la carne para evitar que se exaltara indebidamente por la abundancia de revelaciones que le eran concedidas. La oración es el medio señalado para recibir comunicaciones que edifiquen e instruyan al pueblo. Debemos dedicar mucho tiempo a estar con Dios, antes de poder salir y hablar en su nombre. Epafras, uno de los pastores de Colosas, había salido de casa para visitar a Pablo. Al concluir su epístola a los Colosenses, Pablo informa a los destinatarios que Epafras intercedía por ellos fielmente: “Os saluda Epafras, el cual es uno de vosotros, siervo de Cristo, siempre rogando encarecidamente por vosotros en sus oraciones, para que estéis firmes, perfectos y completos en todo lo que Dios quiere. Porque de él doy testimonio de que tiene gran solicitud por vosotros . . . ” (Col. 4:12,13a, RV60). ¿Sería posible recomendarlo a *usted* ante su congregación en esos términos?

LA ORACIÓN: UNA TAREA UNIVERSAL ENTRE LOS CREYENTES

Pero no se piense que el énfasis que las epístolas hacen indica que la oración es una tarea exclusiva de los predicadores. Lejos de ser así, las epístolas van dirigidas a creyentes en general, quienes necesitan practicar todo lo que estas cartas contienen. Los cristianos deben orar mucho, no solamente por ellos

mismos sino por todos sus hermanos y hermanas en Cristo. Debemos orar deliberadamente de acuerdo con estos modelos apostólicos, y pedir las bendiciones particulares que allí se especifican. Hace mucho tiempo que soy un convencido de que no hay manera mejor —ni más práctica, ni más valiosa, ni más eficaz— de expresar nuestra solicitud y afecto por los santos, que presentarlos en oración delante de Dios, y llevarlos en los brazos de nuestra fe y de nuestro amor.

Al estudiar estas oraciones en las epístolas, y al considerarlas frase por frase, aprenderemos con mayor claridad qué bendiciones debemos procurar para nosotros y para otros; sabremos cuáles son los dones y gracias espirituales por los que debemos ser muy solícitos. El hecho de que estas oraciones, inspiradas por el Espíritu Santo, hayan quedado registradas en el sagrado volumen, hace ver que los favores particulares que en ellas se piden son los que *Dios* nos ha permitido buscar y obtener de parte de él (Ro. 8:26,27; 1 Jn. 5:14,15).

LOS CRISTIANOS DEBEN DIRIGIRSE A DIOS COMO A PADRE

Concluiremos estas observaciones preliminares y generales señalando a algunos de los rasgos más definidos de las oraciones apostólicas. Así que, es importante observar *a quién* se dirigen estas oraciones, pues si bien no se someten a una forma de expresión árida y uniforme, sino que muestran una adecuada variedad de dicción, la forma más frecuente en que se invoca a la Deidad es usando el nombre *Padre*, como en: “Padre misericordioso” (2 Co. 1:3); “Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo” (Ef. 1:3; 1 P. 1:3, RV60); “Padre glorioso” (Ef. 1:17); “Padre de nuestro Señor Jesucristo” (Ef. 3:14). Este lenguaje evidencia claramente lo mucho que los apóstoles observaban el mandato de su Maestro. Porque, cuando le pidieron: “Señor, enséñanos a orar,” él respondió de la siguiente manera: “Ustedes deben orar así: *Padre* nuestro que estás en el cielo” (Mt. 6:9, la cursiva es mía). Lo mismo les enseñó por medio de su ejemplo en Juan 17:1, 5, 11, 21, 24 y 25. La instrucción y ejemplo de Cristo han quedado registrados para que aprendamos a orar. No ignoramos que muchas personas han usado el apelativo *Padre* para dirigirse a Dios de manera ilícita y superficial. Pero el abuso no justifica nuestra negligencia para reconocer esta bendita relación. Nada ha sido mejor calculado para producir calidez en nuestro corazón y damos libertad de expresión, que el reconocimiento de que nos estamos acercando a nuestro *Padre*. Si en verdad hemos recibido el verdadero “Espíritu de adopción” (Ro. 8:15, RV60), no lo apagaremos, sino más bien sigamos su impulso y clamemos: “Abba, Padre.”

LAS ORACIONES APOSTÓLICAS: BREVES Y ESPECÍFICAS

Seguidamente, notemos la brevedad de las oraciones apostólicas. Son oraciones cortas. No sólo algunas, ni la mayoría, sino la totalidad de ellas son

extremadamente breves, y la mayoría de ellas se encuentran en no más de uno o dos versículos, y la más prolongada en sólo siete versículos. Gran reproche es este contra las oraciones de muchos púlpitos, extensas, inertes y consadoras. Las oraciones locuaces suelen ser vanas. Vuelvo a citar Martín Lutero, esta vez sus comentarios sobre el Padrenuestro, dirigidos a hombres sencillos del pueblo:

Cuando ores, que tus palabras sean pocas, pero tus pensamientos y afectos, muchos; y sobre todo, que sean profundos. Cuanto menos hables, mejor oras . . . La oración externa y corporal es ese zumbido de labios, ese balbuceo externo que sale sin pensar y que hiere el oído de los hombres. Pero la oración en espíritu y en verdad es ese deseo interior, las intenciones, los suspiros que provienen de las profundidades del corazón. La primera es la oración de los hipócritas y de todos aquellos que confían en sí mismos; la segunda es la oración de los hijos de Dios, de quienes andan en su temor.

Pongamos también atención en lo específicas que son. Aunque extremadamente breves, las oraciones apostólicas eran muy explícitas. No había en ellas vanas divagaciones ni meras generalizaciones, sino peticiones específicas de cosas concretas. Cuánto error existe en este sentido. ¡Cuántas oraciones incoherentes y sin propósito hemos escuchado, tan carentes de precisión y de unidad que, cuando llegaban al Amén final, difícilmente podíamos recordar una sola cosa por la que se había dado gracias, o alguna petición que se había hecho! La mente quedaba sólo con una impresión borrosa, y con la sensación de que el suplicante se había ocupado más en predicar indirectamente que en orar directamente. En cambio, si examinamos cualquiera de las oraciones apostólicas, de inmediato se notará que sus oraciones son semejantes a las de su Maestro en Mateo 6:9-13 y Juan 17. Son oraciones constituidas de elementos específicos de adoración, y peticiones agudamente definidas. No tienen frases moralizantes ni pías, sino que exponen ante Dios ciertas necesidades, pidiendo en forma sencilla que se suplan.

LA ESENCIA Y CATOLICIDAD DE LAS ORACIONES APOSTÓLICAS

Pongamos atención a la esencia de estas oraciones. Con una sola excepción, en las oraciones apostólicas que han llegado a nosotros no encontramos súplicas que le pidan a Dios que provea para las necesidades temporales. Tampoco piden que Dios intervenga providencialmente en favor de quienes oran (aunque las peticiones de este tipo son legítimas cuando conservan la adecuada proporción respecto de los intereses espirituales). Las cosas que se piden son de naturaleza totalmente espiritual, cosas que pertenecen a la gracia.

Se pide al Padre que nos dé espíritu de entendimiento y revelación para conocerlo, se le pide que ilumine los ojos de nuestro entendimiento, de modo que podamos conocer cuál es la esperanza a la que nos ha llamado, las riquezas de gloria de su herencia en los santos, y la extremada grandeza de su poder hacia nosotros los que creemos (Ef. 1:17-19). Se le pide que nos conceda, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder por su Espíritu en el hombre interior; que Cristo habite en nuestros corazones por la fe, que conozcamos el amor de Cristo que sobrepasa todo conocimiento, y que seamos llenos de toda la plenitud de Dios (Ef. 3:16-19). Se pide que nuestro amor abunde más y más, que seamos sinceros e irreprochables, y que estemos llenos de los frutos de justicia (Fil. 1:9-11); que andemos como dignos del Señor, agradándole en todo (Col. 1:10); que seamos santificados totalmente (1 Ts. 5:23).

Notemos también la catolicidad de estas oraciones. No está mal ni es poco espiritual orar por nosotros mismos, así como no es incorrecto que supliquemos por misericordias temporales y providenciales. Lo que quiero es, más bien, dirigir la atención a las cosas que *ellos* acentuaron. Una sola vez encontramos a Pablo orando por sí mismo, y muy pocas veces por individuos en particular (como es de esperar tratándose de oraciones que son parte del registro público de las Santas Escrituras, aunque, sin duda, en privado oró mucho por casos individuales). En general, acostumbraba orar por toda la familia de la fe. En esto se apegó estrechamente a la oración modelo dada por Cristo (a la que llamo la oración familiar), la cual sólo registra la primera persona plural: “Padre *nuestro*”, “dánoslo” (no solamente “dame”), “perdónanos”, etc. En consecuencia, encontramos al apóstol exhortándonos a perseverar “en oración por *todos los santos*” (Ef. 6:18, la cursiva es mía), y en sus oraciones precisamente nos da un ejemplo de esto. Rogó al Padre que la iglesia de Éfeso pudiera “comprender, junto con *todos* los santos, cuán ancho y largo, alto y profundo es el amor de Cristo; en fin, que conozcan ese amor que sobrepasa nuestro conocimiento” (Ef. 3:18, la cursiva es mía). ¡Qué correctivo para el egocentrismo! ¡Al orar por “*todos los santos*” me incluyo a mí mismo!

UNA OMISIÓN IMPACTANTE

Finalmente, permítanme señalar una impactante omisión. Si se leen atentamente todas las oraciones apostólicas, se notará que en ninguna de ellas se da lugar alguno a lo que es tan prominente en las oraciones de los arminianos. Ni una sola vez encontramos que se pida a Dios que salve al mundo en general, o que derrame su Espíritu sobre toda carne sin excepción. Los apóstoles ni siquiera oraron por la conversión de toda una ciudad en donde estuviera localizada una determinada iglesia cristiana. En esto nuevamente se conformaron al ejemplo que les fue dado por Cristo: “No ruego por el mundo”,

Introducción

dijo Jesús, “sino por los que me has dado” (Jn. 17:9). Si se objeta que allí el Señor Jesús oraba sólo por sus discípulos inmediatos, la respuesta es que cuando extiende su oración más allá de ellos, no lo hace por el mundo sino únicamente por su pueblo creyente hasta el final del tiempo (véase Jn. 17:20,21). Por cierto, Pablo enseña que “se hagan plegarias, oraciones, súplicas y acciones de gracias, por toda clase de gente; por reyes y por todas las autoridades” (1 Ti. 2:1,2a, mi propia traducción), y digamos, de paso, que en esta tarea muchos son deplorablemente remisos. Pero la oración no es por la salvación de ellos, sino “para que tengamos paz y tranquilidad, y llevemos una vida piadosa y digna” (v. 2b). Hay mucho que aprender de las oraciones de los apóstoles.

CAPÍTULO 1

Hebreos 13:20,21

Parte 1

Esta oración es un notable epítome de toda la epístola, una epístola a la que todo ministro del evangelio debería dedicar especial atención. No hay nada que nuestra época necesite más que sermones expositivos sobre las epístolas a los Romanos y a los Hebreos. La primera suple el mejor material para repeler el legalismo, el antinomianismo y el arminianismo, escuelas que tan en boga están ahora. La segunda refuta los errores cardinales del romanismo, exponiendo las pretensiones sacerdotales de sus ministros. Hebreos provee el antídoto divino para el ponzoñoso espíritu del ritualismo que actualmente hace tan fatales incursiones dentro de muchos sectores del protestantismo decadente. El tema central de este bendito e importante tratado es el sacerdocio de Cristo, el cual encierra la substancia de lo que fue prefigurado tanto por Melquisedec como por Aarón. Hebreos demuestra que el perfecto sacrificio de Cristo, ofrecido una vez y para siempre, ha desplazado a las instituciones levíticas y terminado con todo el sistema judaico. Aquella oblación todo suficiente del Señor Jesús hizo expiación completa por los pecados de su pueblo, satisfaciendo todos los requerimientos legales que la ley de Dios tenía sobre ellos, haciendo innecesario cualquier esfuerzo de parte de ellos para aplacar a Dios. “Porque con un solo sacrificio ha hecho perfectos para siempre a los que está santificando” (Heb. 10:14). En otras palabras, en forma infalible e irrevocable, Cristo ha apartado a los creyentes para el servicio de Dios. El Señor lo logró mediante la plena realización de su obra perfecta.

LA RESURRECCIÓN DECLARA QUE DIOS HA ACEPTADO LA OBRA DE CRISTO

Al levantar a Cristo de los muertos y sentarlo a la diestra de la majestad en las alturas, Dios ha dado testimonio de haber aceptado el sacrificio expiatorio de Cristo. Lo que caracterizaba al judaísmo era el pecado, la muerte y el distanciamiento de Dios. Esto resultaba evidente en el perpetuo derramamiento de sangre de animales ofrecidos en sacrificio, y en que la gente estaba excluida

de la presencia divina. Pero lo que caracteriza al cristianismo es un Salvador resucitado y entronizado, el cual borró de la vista de Dios los pecados de su pueblo, consiguiendo para ellos el derecho de entrar en su presencia: “Así que, hermanos, mediante la sangre de Jesús, tenemos plena libertad para entrar en el Lugar Santísimo, por el camino nuevo y vivo que él nos ha abierto a través de la cortina, es decir, a través de su cuerpo; y tenemos además un gran sumo sacerdote al frente de la familia de Dios. Acerquémonos, pues, a Dios con corazón sincero y con la plena seguridad de la fe” (Heb. 10:19-22a). De esta manera, se nos alienta a acercarnos a Dios con plena confianza en los méritos infinitos de la sangre y de la justicia de Cristo, dependiendo únicamente de ellos. En su oración, el apóstol solicita que todo lo que les expuso en la parte doctrinal de la epístola sea aplicado en forma práctica al corazón de cada uno. A lo largo de esta epístola, Pablo exhorta a los destinatarios a hacer suya toda la gracia y virtud de Dios, y ahora pide que esas cosas obren poderosamente en sus vidas. Lo que haremos a continuación es considerar el objetivo, el fundamento, la petición y la doxología de esta bendita invocación.

EL USO DISCRIMINADO DE TÍTULOS DIVINOS

La oración se dirige al “Dios de paz”. Como he sugerido en algunos capítulos de mi libro *Gleanings from Paul*, los apóstoles no usaban al azar los diferentes títulos con los que se dirigían a la Deidad, sino que los escogieron con discernimiento espiritual. Los apóstoles no eran tan pobres en palabras como para suplicar a Dios usando siempre el mismo título, ni eran tan descuidados como para dirigirse a él usando el primer nombre que se les viniera a la mente. Por el contrario, al acercarse a Dios escogían cuidadosamente aquel atributo de la naturaleza divina o aquella relación particular de Dios con su pueblo, que fuesen más apropiados para la bendición específica que buscaban. Las oraciones del Antiguo Testamento muestran el mismo principio de discernimiento. Cuando los santos hombres de antaño buscaban fuerza, se dirigían al Poderoso. Cuando pedían perdón, apelaban a la “multitud de sus tiernas misericordias.” Cuando clamaban por liberación de manos de sus enemigos, lo hacían basándose en la fidelidad de su pacto.

EL DIOS DE PAZ

En el Capítulo 4 de *Gleanings from Paul* (pp. 41-46), discurro acerca del título “Dios de paz”, pero ahora quisiera explicarlo un poco más mediante algunas líneas de pensamiento. En primer lugar, es un título distintivamente paulino, puesto que ningún otro escritor del Nuevo Testamento usa tal expresión. Su uso aquí es una de las muchas pruebas de que Pablo fue el autor de esta epístola. La expresión aparece seis veces en sus escritos (Ro. 15:33; 16:20; 2 Co. 13:11; Fil. 4:9; 1 Ts. 5:23) y aquí en Hebreos 13:20. La frase “El

Señor de paz” aparece sólo en 2 Tesalonicenses 3:16. Por lo tanto, es evidente que Pablo se deleitaba de manera especial al contemplar a Dios en este carácter particular. Y con razón, porque es un título extremadamente bendito e inclusivo, y por ese motivo también me he esforzado, conforme a la inteligencia que me ha sido concedida, por debelar su significado. Un poco más adelante voy a sugerir por qué fue Pablo, y no otro de los apóstoles, quien acuñara esta expresión.

En segundo lugar, es un título *forense* que ve a Dios en su carácter oficial de Juez, y que nos dice que ahora está reconciliado con los creyentes. Significa que la enemistad y el conflicto que existían anteriormente entre Dios y los pecadores elegidos ha llegado a su fin. Esa hostilidad había sido producida por la apostasía del hombre respecto de su Creador y Señor. La entrada del pecado en el mundo destruyó la armonía que había entre cielo y tierra, anuló la comunión entre Dios y el hombre, y sembró discordia y conflicto. El pecado despertó el justo desagrado de Dios y motivó su acción judicial. Esto produjo una alienación mutua; porque un Dios santo no puede estar en paz con el pecado sino que está “airado contra el impío todos los días” (Sal. 7:11, RV60). Pero la sabiduría divina preparó un camino mediante el cual los rebeldes pudieran ser restaurados al favor de Dios sin la menor disminución de su honor. Mediante la obediencia y el sufrimiento de Cristo la ley quedó totalmente reivindicada, siendo restablecida la paz entre Dios y los pecadores. La gratuita operación del Espíritu de Dios vence la enemistad anidada en el corazón de su pueblo, y los suyos son traídos a una sujeción leal hacia su Dios. De este modo se ha eliminado la discordia y se ha creado la amistad.

En tercer lugar, se trata de un título *restrictivo*. Dios es “Dios de paz” únicamente para aquellos que están unidos a Cristo en una relación salvadora, puesto que ninguna condenación hay para aquellos que están en él (Ro. 8:1). Pero el caso es totalmente distinto con aquellos que rehúsan inclinarse ante el cetro del Señor Jesús y buscar protección bajo su sangre expiatoria. “El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que desobedece al Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él” (Jn. 3:36, RV60). Notemos que no se trata de que el pecador vaya a caer bajo la ira de Dios que la ley divina menciona, sino que ya está bajo ella: “Ciertamente la ira de Dios viene revelándose desde el cielo contra *toda* impiedad e injusticia de los seres humanos” (Ro. 1:18, la cursiva es mía). Además, en virtud de su relación corporativa con Adán, todos sus descendientes son “por naturaleza objeto de la ira de Dios” (Ef. 2:3), y llegan a este mundo como objeto del desagrado judicial de Dios. Lejos de ser “Dios de paz” para aquellos que no están en Cristo, “Jehová es varón de guerra” (Ex. 15:3) y “es temido por los reyes de la tierra” (Sal. 76:12).

“EL DIOS DE PAZ” ES UN TÍTULO EVANGÉLICO

En cuarto lugar, esto quiere decir que el título “Dios de paz” es un epíteto *evangélico*. Las buenas nuevas que sus siervos recibieron para predicarlas a todo el mundo son anunciadas como “la paz” (Ro. 10:15, RV60). Es muy apropiado darles ese nombre, porque así se exhibe la gloriosa persona del Príncipe de Paz. La expresión “evangelio de la paz” también pone de relieve la obra todosuficiente de Cristo, mediante la cual hizo “la paz mediante la sangre que derramó en la cruz” (Col. 1:20). La tarea del evangelista consiste en explicar cómo es que Cristo lo logró. El Señor obtuvo la paz entrando en el espantoso abismo que el pecado había abierto entre Dios y los hombres, cargando con las iniquidades de todos aquellos que habían de creer en él, y sufriendo la pena total que merecían esas iniquidades. Cuando el que estaba libre de todo pecado fue declarado pecador por el bien de su pueblo, quedó bajo la maldición de la ley y bajo la ira de Dios. En total armonía con su eterno propósito de gracia (Ap. 13:8), Dios Padre declara: “Levántate, oh espada, contra el pastor, y contra el hombre compañero mío” (Zac. 13:7). Satisfecha la justicia, Dios ha sido aplacado, y todos los que son justificados por la fe tienen “paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Ro. 5:1).

En quinto lugar, la expresión “Dios de paz” es, por tanto, un título de *pacto*, pues toda la transacción entre Dios y Cristo fue hecha conforme a una estipulación eterna. “Y consejo de paz habrá entre ambos” (Zac. 6:13). En la eternidad se había acordado que el buen Pastor haría satisfacción completa por los pecados de su rebaño, reconciliando a Dios con ellos, y a ellos con Dios. Ese pacto entre Dios y sus elegidos es denominado expresamente “pacto de paz”, y su carácter inviolable aparece en esta bendita declaración: “Porque los montes se moverán, y los collados temblarán, pero no se apartará de ti mi misericordia, ni el pacto de mi paz se quebrantará, dijo Jehová, el que tiene misericordia de ti” (Is. 54:10). El derramamiento de la sangre de Cristo fue el sello o ratificación de ese pacto, tal como se deduce de Hebreos 13:20. En consecuencia, el rostro del Juez Supremo se vuelve benigna sonrisa al contemplar a su pueblo en el Ungido.

En sexto lugar, el título “Dios de paz” también es un título *dispensacional*, y como tal tenía un significado especial para quien lo usaba con frecuencia. Aunque judío de nacimiento y hebreo de hebreos por educación, Pablo fue llamado por Dios a “predicar a las naciones las incalculables riquezas de Cristo” (Ef. 3:8). Quizás este hecho indique por qué este apelativo “Dios de paz” sea característico de Pablo; porque en tanto que los otros apóstoles ministraron y escribieron principalmente a la circuncisión, Pablo fue primordialmente apóstol a la incircuncisión. Por eso él, más que ningún otro, rendía adoración a Dios por el hecho de que esa paz fuese predicada a los que

estaban lejos y a los que estaban cerca (Ef. 2:13-17). Pablo recibió una revelación especial con respecto a Cristo: “Porque Cristo es nuestra paz: de los dos pueblos [judíos y gentiles] ha hecho uno solo, derribando mediante su sacrificio el muro de enemistad que nos separaba, pues anuló la ley con sus mandamientos y requisitos. Esto lo hizo para crear en sí mismo, de los dos pueblos, una nueva humanidad al hacer la paz, para reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo mediante la cruz, por la que dio muerte a la enemistad” (Ef. 2:14-16, los corchetes son míos). Entonces, en virtud de haber recibido esta revelación especial, el apóstol a los gentiles era particularmente idóneo para invocar a Dios con este título, al elevar sus súplicas por los hebreos y por los gentiles.

Finalmente, este es un título *relacional*. Con esto quiero decir que está estrechamente relacionado a la experiencia cristiana. Los santos no son solamente los sujetos de esa paz judicial que Cristo hizo con Dios en favor de ellos, sino que también participan de hecho en la gracia divina. La medida de la paz divina que gozan es proporcional a la medida en que son obedientes a Dios, porque la piedad y la paz son inseparables. La íntima conexión que existe entre la paz de Dios y la santificación de los creyentes se demuestra en 1 Tesalonicenses 5:23 y aquí en Hebreos 13:20,21. En cada uno de estos pasajes se pide que la santidad práctica abunde, y en cada uno se invoca al “Dios de paz.” Cuando la santidad reinaba sobre todo el universo, también prevalecía la paz. No hubo guerra en el cielo hasta que uno de los ángeles principales se convirtió en diablo y fomentó una rebelión contra el trino Dios. Así como el pecado acarrea contienda y miseria, así la santidad engendra paz de conciencia. La santidad complace a Dios, y cuando él está complacido todo es paz. Cuánto más sea ponderada esta oración, en detalle y en forma global, más se notará cuán apropiado es este título para Dios.

NUESTRO FUNDAMENTO: LA RESURRECCIÓN DE CRISTO

“Y el Dios de paz que trajo de vuelta de los muertos a nuestro Señor Jesús, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno” (Heb. 13:20, Versión inglesa King James). Considero que la referencia que el apóstol hace a la liberación de Cristo de la tumba es el *fundamento* sobre el cual el apóstol basa la petición que sigue. Creo que este es uno de los versículos más importantes del Nuevo Testamento, así que voy a poner toda mi atención en cada una de sus palabras, tanto más si se considera que en la actualidad la gente casi no entiende parte de su maravilloso contenido. Primero observaremos el carácter con que el Señor es presentado aquí; en segundo lugar, examinaremos la obra de Dios, al levantarlo de los muertos; en tercer lugar, la conexión entre esa obra y su oficio como “Dios de paz”; cuarto, cómo es que la causa meritoria de ello fue “la sangre del pacto eterno”; y quinto, la poderosa motivación que los méritos de la

obra de Cristo producen, para alentar a los santos a acercarse confiadamente al trono de la gracia donde podrán obtener misericordia y hallar gracia para el tiempo de necesidad. Que el Espíritu Santo se digne ser nuestro Guía al ponderar en oración esta parte de la Verdad.

EL GRAN PASTOR DE LAS OVEJAS

Fue muy pertinente y apropiado que una epístola que se dirige mayormente a judíos creyentes usase este título para referirse a Cristo, puesto que el Antiguo Testamento les había enseñado a buscar al Mesías en esa función específica. Moisés y David, prominentes tipos de Cristo, fueron pastores. En cuanto al primero se dijo: “Condujiste a tu pueblo como ovejas por mano de Moisés y Aarón” (Sal. 77:20). Usando el nombre del segundo, Dios prometió a Israel que enviaría al Mesías: “Y levantaré sobre ellas a un pastor, y él las apacentará; a mi siervo David [esto es, su antitipo: Cristo], él las apacentará, y él les será por pastor” (Ez. 34:23, los corchetes son míos). Es obvio que Pablo se refería aquí a esta profecía particular, pues más abajo Ezequiel añade: “Y estableceré con ellos pacto de paz” (v. 25). Las mismas tres expresiones son usadas en Hebreos 13:20, a saber: el Dios de paz, el gran Pastor y el pacto eterno. En tono con el tema de la epístola, las tres expresiones se usan para refutar el concepto erróneo que los judíos se habían formado de su Mesías. Pensaban que les aseguraría una libertad externa como la que consiguió Moisés. Pensaban que les traería un próspero estado nacional, como el establecido por David. No se imaginaban que el Cristo derramaría su preciosa sangre y que sería llevado a la tumba, aunque tenían que haberlo sabido y entendido a la luz de la revelación profética.

Cuando Cristo apareció en su medio, se presentó a los judíos con ese carácter. No sólo declaró: “Yo soy el buen pastor”, sino que agregó: “El buen pastor da su vida por las ovejas” (Jn. 10:11). El precursor de Cristo, Juan el Bautista, anunció de esta manera la manifestación pública de Cristo: “Aquí tienen al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn. 1:29). Isaías 53 había anunciado al Señor Jesucristo en términos de este doble carácter (con Ez. 34 como telón de fondo): “Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él [es decir, en el pastor de las ovejas] el pecado de todos nosotros” (Is. 53:6, los corchetes son míos; cf. Zac. 13:7). Ahora notemos la maravillosa concordancia que se da entre el siguiente versículo de la profecía de Isaías (v. 7) y la oración que estamos estudiando: “como cordero *fue llevado* al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció y no abrió su boca” (la cursiva es mía). Notemos cómo el mismo Espíritu que inspiró a Isaías, también impulsó a Pablo a decir en Hebreos 13:20 que Dios “*trajo de vuelta* de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, al gran Pastor de las ovejas” (la cursiva es mía). Porque el texto original no dice “resucitó”, sino “*sacó* de entre los muertos” (Versión Nácar-

Colunga), “*sacó de la muerte*” (Nueva Biblia Española), o: “*volvió a traer de entre los muertos*” (Versión Moderna). El hecho de que Dios haya traído de la muerte a este gran Pastor, significa que previamente el Padre lo había llevado a la muerte como Substituto, como cordero propiciatorio, por los pecados de sus ovejas. ¡Cuán minuciosamente adecuado es el lenguaje de la Santa Escritura y cuán perfecta es la armonía verbal entre ambos Testamentos!

El Espíritu guió a Pedro a que en su primera epístola utilizara la misma maravillosa profecía referida al Señor Jesús. Primero se refiere al Señor diciendo que fuimos rescatados por un “cordero sin mancha y sin defecto” (1 P. 1:18,19), después pasa a citar algunas de las expresiones proféticas de Isaías 53, como la que habla de nosotros: “nos descarriamos como ovejas”, la que se refiere a la virtud salvadora de la obra expiatoria de Cristo: “por sus llagas fuimos nosotros curados”; y la que habla de que al llevar nuestros pecados en su propio cuerpo sobre el madero, Cristo estaba cumpliendo transacciones celestiales con el Juez justo: “Pastor y Obispo de vuestras almas” (1 P. 2:24,25, RV60). Pedro fue guiado a hacer una exposición de Isaías, retratando al Salvador como Cordero en la muerte y como Pastor en la resurrección. Era inexcusable que los judíos no supieran del Cristo en este particular oficio. Esta ignorancia es evidencia, si se tiene en cuenta que fue uno de sus profetas el que anunció que Dios diría: “Levántate, oh espada, contra el pastor, y contra el hombre compañero mío . . . Hiere al pastor” (Zac. 13:7). Allí se presenta a Dios en su carácter judicial, como enojado con el pastor por amor a nosotros. Puesto que él cargó con la responsabilidad de nuestros pecados, la justicia tenía que ser satisfecha a costa suya. Ese fue “el castigo de nuestra paz” impuesto sobre él, y el buen pastor dio su vida por las ovejas para satisfacer los justos requerimientos de Dios.

EL GRAN PASTOR

Lo expuesto arriba nos hará percibir mejor por qué el apóstol Pablo designó a Cristo como “el gran Pastor”. No sólo fue anunciado por Abel, por los pastores patriarcales; no sólo fue tipificado por David, sino que las predicciones mesiánicas lo retrataron como el pastor de Jehová. Debemos notar que este título muestra sus dos *naturalezas*, la divina y la humana, pues dice: “el pastor, . . . el hombre compañero mío, dice Jehová” (Zac. 13:7). Como Thomas Goodwin (1600-1680 d.C.) señaló hace algunos siglos, este título también implica todos los *oficios* de Cristo: su oficio profético, “como pastor apacentará su rebaño” (Is. 40:11; cf. Sal 23:1,2); su oficio sacerdotal, “el buen pastor da su vida por las ovejas” (Jn. 10:11); su oficio real, el mismo texto que lo anuncia como pastor sobre el pueblo de Dios también lo denomina “príncipe” (Ez. 34:23,24). Cristo mismo señala la conexión entre su oficio real y la descripción que de él se hace como pastor: “Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria,

con todos sus ángeles, se sentará en su trono glorioso. Todas las naciones se reunirán delante de él, y él separará a unos de otros, como separa el pastor las ovejas de las cabras” (Mt. 25:31,32). Ciertamente, él es el “gran Pastor,” todosuficiente para su rebaño.

UN PASTOR DEBE TENER OVEJAS

“Y el Dios de paz que trajo de vuelta de los muertos a nuestro Señor Jesús, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno” (Heb. 13:20, Versión inglesa King James). Notemos la relación entre Redentor y redimidos. Pastor y ovejas son términos correlativos; a nadie se le puede llamar *pastor* si no tiene ovejas. La idea de Cristo como pastor necesariamente implica la existencia de un rebaño escogido. Cristo es el pastor de las *ovejas*, no de los lobos (Lc. 10:3), ni siquiera de las cabras (Mt. 25:32,33), puesto que Dios no le encomendó la salvación de ellos. ¡En innumerables textos a lo largo de las Escrituras se nos confronta con la verdad fundamental de la redención particular! “Cristo no entregó su vida por todo el ganado de la humanidad, sino sólo por el rebaño de los elegidos que el Padre le dio, tal como lo declaró en Juan 10:14-16,26” (John Owen).

Obsérvese también cómo este título nos sugiere su oficio de *Mediador*. Como Pastor no es el Señor final del rebaño, sino el Siervo del Padre que se hace cargo y cuida de él: “eran tuyos; tú me los diste” (Jn. 17:6). Además, la siguiente frase nos mostrará qué relación tiene para con nosotros: “*nuestro* [o *el*] Señor Jesucristo” (Heb. 13:20). Por eso, es nuestro pastor, es *nuestro* en su oficio pastoral, oficio que todavía desempeña; nuestro, como aquel que fue traído desde los muertos, porque nosotros resucitamos en él (Col. 3:1).

LA SUPERIORIDAD DE CRISTO, EL GRAN PASTOR

La frase “el *gran* pastor de las ovejas” acentúa la superioridad inconmensurable de Cristo sobre todos los otros pastores que eran sólo un tipo del que habría de venir, sobre los pastores ministeriales de Israel, así como las palabras “un gran sumo sacerdote” (Heb. 4:14) destacan la eminencia de Cristo sobre Aarón y los sacerdotes levíticos. De la misma manera, denota su autoridad sobre los pastores que él establece sobre sus iglesias, porque él es el “Pastor supremo” (1 P. 5:4) con relación a todos los pastores subordinados. El es el Pastor de almas, y una de ellas vale mucho más que todo el mundo, puesto que es el valor que les asigna al redimirlas con su propia sangre. El adjetivo *gran* también señala la excelencia de su rebaño: es el gran pastor de todo un rebaño indivisible, compuesto de judíos y gentiles. Por eso, declaró: “Tengo otras ovejas que no son de este redil [judío]; y también a ellas debo traerlas. Así ellas oirán mi voz; y habrá *un solo* rebaño y un solo pastor” (Jn. 10:16, corchetes y cursiva míos). Este “solo rebaño,” este solo redil, incluye a todos los santos,

tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento (véase también cómo el apóstol Pablo destaca esta unidad del pueblo de Dios utilizando la metáfora del olivo en Ro. 11). La frase “el *gran* pastor” también se refiere a sus capacidades, pues Cristo tiene un conocimiento particular de toda y cada una de sus ovejas (Jn. 10:3); tiene la capacidad de juntarlas, alimentarlas y curarlas (Ez. 34:11-16); y tiene el poder de preservarlas eficazmente: “Yo les doy vida eterna, y nunca perecerán, ni nadie podrá arrebátarmelas de la mano” (Jn. 10:28). Entonces, ¡cuánto debemos confiar en él, amarle, adorarle y obedecerle!

Esperamos que hayas disfrutado de
esta pequeña muestra del libro
Camino a la oración ferviente.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2026 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!